

## LOS PRINCIPIOS DE HELSINKI

LOS Estados más ricos del mundo, los más poderosos, han ligado en Helsinki una serie de principios comunes cuyo comentario se hace en el mundo según una escala de valores ideológicos previamente establecida: desde el entusiasmo casi infantil de la izquierda a las reservas de la derecha y, desde luego, al rechazo de la extrema derecha, de los residuales del fascismo que ven en todo pacto, acuerdo o puente una obra del demonio. Una posición parecida resulta en el otro extremo, en el de la izquierda albanesa-china: «frases que roncan, ilusiones que engañan», «conferencia de la inseguridad», dicen en Tirana. Y en Pekín se recuerda que la alianza entre el «imperialismo y el socialimperialismo» (de Estados Unidos y de la Unión Soviética) sigue siendo el principal peligro para la paz, y que si estos dos países están acostumbrados a violar las leyes internacionales y la soberanía de los otros no hay por qué creer que estos principios de Helsinki no vayan a ser a su vez violados cuando interese o adaptados semánticamente a los propósitos de los dos países más fuertes del mundo.

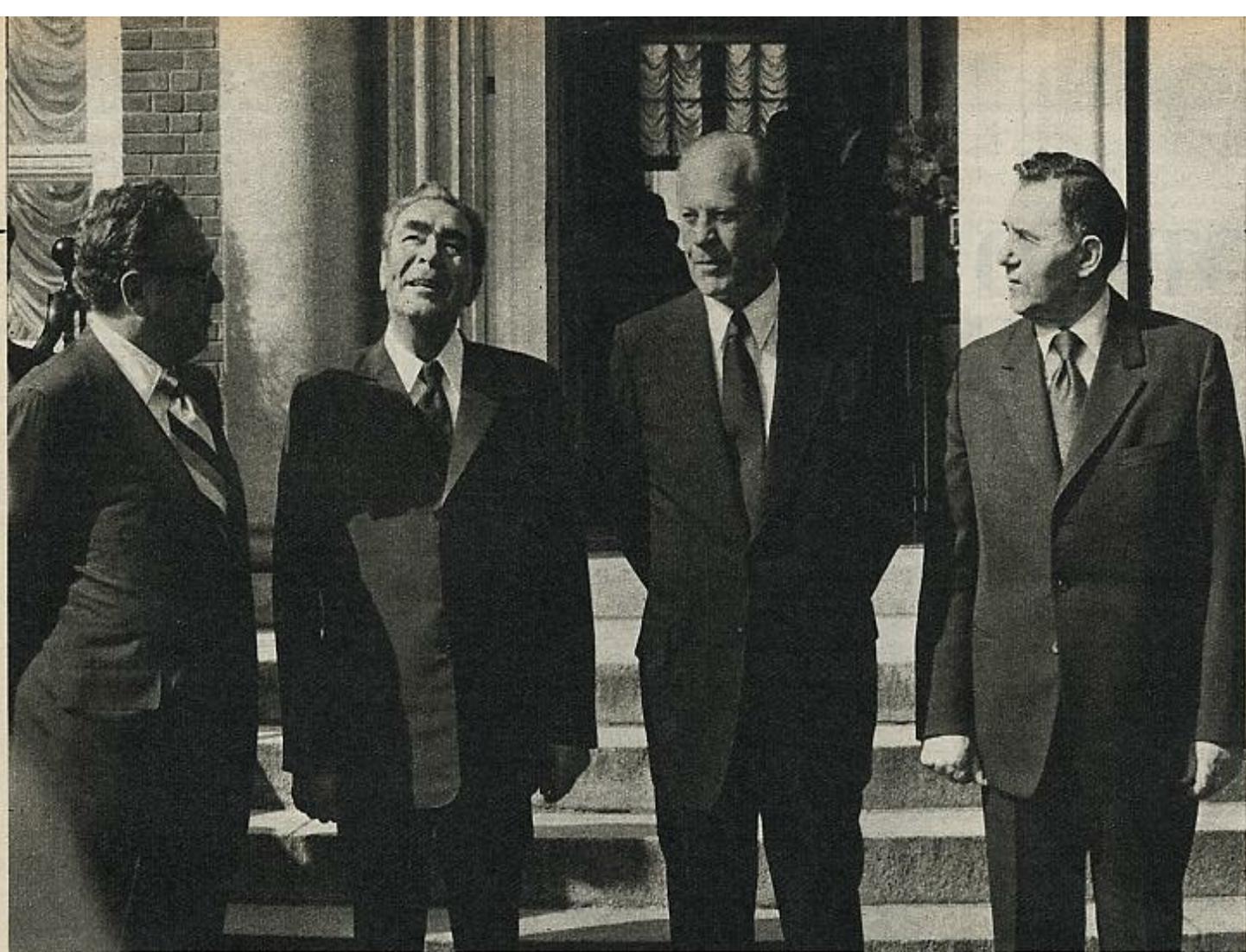
LA extrema derecha y la extrema izquierda coinciden generalmente en tener una visión catastrófica del mundo, conclusión a la que llegan por vías muy contrarias. No es difícil darles la razón. La Humanidad entera está atravesando el período más arriesgado de su historia: el primero en el que existe acumulado un material suficiente como para destruirla, como para arrasar enteramente la tierra y borrar la delgada película adherida a la superficie del planeta que llamamos vida, de forma que este planeta quedase reducido al estado de los demás cuerpos celestes sin presentar ya esta curiosa anomalía. No es solamente esta concurrencia de material destructivo la que entraña un peligro, sino una especie de imbecilidad que poco a poco va dominando las políticas y las ideologías, y una especie de frenesí perseguidor de todo aquel que pretende incubar algunas nuevas con las que modificar de alguna forma el estado de la cuestión.

ENTRE los destellos de talento o de buena voluntad que de cuando en cuando surgen en esta época tan escasamente inteligente, la conferencia de Helsinki es uno de los más importantes. Podría lamentarse que todo este gran esfuerzo por arbitrar condiciones de paz y de seguridad, principios de cooperación, no se mantenga en un ámbito superior. Concretamente, en el de las Naciones Unidas. No serían sólo los intereses, los modos de vida y las conveniencias de los grandes, de los ricos, de los poderosos. Pero precisamente la extensión de las Naciones Unidas y la continua reclamación de derechos por parte de los países menores son los que han aconsejado esta reunión regional. No puede extrañarnos que los países del llamado tercer mundo consideren la reunión de Helsinki como la de un conjunto de viejos predadores que han extendido por todo el planeta, en años pretéritos, y por manipulación en la época presente, un estado de injusticia y de explotación y han preconizado una especie de civilización de la que fueron inventores y a la que han acumulado sucesivos perfeccionamientos: una civilización que ha sido algunas veces amena, pero muchas más cruel y represora.

PERO desde el momento en que aceptamos que la paz y la guerra, la supervivencia, ciertas posibilidades de salida de los problemas actuales, residen todavía en estos treinta y cinco países reunidos en Helsinki, y sobre todo en los dos de cabecera, los Estados Unidos y la URSS, debemos aceptar la reunión como un bien considerable. La guerra fría ha tenido por espacio principal a Europa, aunque ciertas manifestaciones regionales —Corea, Vietnam, Oriente árabe— hayan tenido la espectacularidad mayor y la desgracia mayor. Los conflictos locales han sabido ser circundados, aislados, retenidos: una conflagración en Europa hubiese envuelto al mundo entero. La conferencia de seguridad y cooperación es, como dice el periodista soviético Vladimir Lomeiko —uno de los directores de la agencia Novosti—, el funeral de la guerra fría. Que se produzca en un momento mundial en el que apunta una segunda guerra fría es importante: puede contribuir a apagarla (las reticencias de la derecha, la hostilidad de la extrema derecha proceden sobre todo de esta idea de que una segunda guerra fría puede ser necesaria para contener unas aspiraciones sociales que se les vienen encima). El mismo intercambio de entrevistas privadas, de dos o de tres o cuatro Jefes de Estado, al margen de la conferencia, constituyen ya una prueba de su interés. Es un momento de construir, y parece que hoy hay una serie de facilidades de conversación, de negociación, unas bases de entendimiento de todos con todos que hace unos años se negaban. Este mismo tipo de entrevistas privadas se hace ahora con una óptica mucho más amplia que la que prevalecía en años anteriores: se conviene en ellas, explícita o tácitamente, que la paz ha dejado de ser un asunto privado, un negocio entre un par de países o una alianza regional, para llegar a la conclusión de que la paz es una



El presidente Arias saluda al primer secretario del Soviet, Leonidas Brezhnev.



La cuestión principal ha sido la transformación del concepto de «coexistencia» en el de paz activa. Paz aceptada no como una ausencia de guerra, sino como una creación, como una cooperación. (De izquierda a derecha: Henry Kissinger, Leónidas Brezhnev, Gerald Ford y Gromyko, ante las escaleras de la Embajada americana en Helsinki.)

cuestión pública, un asunto de todos. El concepto de «paz indivisible» es uno de los más importantes conseguidos en la historia de la Humanidad. Sin que ello nos haga caer en la ingenuidad de que ese concepto no pueda ser destruido en cualquier momento, y estos principios traicionados. Pero un pacto (aun sin ser coercitivo, sino una expresión de deseos) como el firmado por todos en Helsinki, a la luz pública, es un documento que va más allá de los viejos acuerdos entre reyes o caciques: es un documento público dirigido a la opinión, un compromiso ante los habitantes de Europa y del mundo en torno. El que lo viole, el que lo olvide, se deberá enfrentar con esta fuerza popular.

La cuestión principal es saber si la noción de paz que hasta ahora se concebía como una resignación o como una tolerancia, encerrada en la misma palabra que le servía de base, la palabra «coexistencia», que indicaba una forma de existir uno al lado de otro, pero sin una verdadera cooperación. La transformación del concepto en el de paz activa, en el de paz aceptada no como una ausencia de guerra, sino como una creación, como una cooperación, es solamente un principio más de estos textos: pero es un principio del que se puede esperar un largo desarrollo en el tiempo. La casi coincidencia con el vuelo conjunto «Soyuz-Apolo» enseña un camino que corresponde ya a esa posible nueva era.

Un par de puntos esenciales también, pero de carácter negativo, mantienen por ahora el relativo carácter de resignación del tema. Uno de ellos es que indiscutiblemente la paz, la guerra, la cooperación, la seguridad, es algo que sigue dependiendo estrechamente de sólo dos potencias y de su acuerdo mutuo. En esta reunión de iguales sigue habiendo, como decía Orwell, «unos más iguales que otros». Europeos de un lado y de otro de las zonas de influencia saben perfectamente que sus destinos, sus formas de vida, sus formas de régimen, siguen dependiendo de la cabeza imperial a la que sigan, y a veces la siguen contra su propia voluntad. El otro punto negativo es el del carácter de bloque económico y militar por encima de los hasta ahora dos bloques económicos y militares en que estas treinta y cinco naciones están divididas que pueda oponerse frente a los demás países del mundo. En sí misma, la conferencia paneuropea no tiene ningún carácter agresivo, ni siquiera esa forma de agresividad que es la defensa; pero podría servir —y en algunas de las conversaciones bilaterales ya se ha evo-

cado la cuestión— para desmembrar el tejido de reivindicaciones que se empiezan a plantear desde los países pobres.

DESDE un punto de vista puramente español, la conferencia tiene un gran interés que debe esperarse que sea algo más que académico. Se subraya y se enfatiza el hecho de que es la primera vez que un jefe de Gobierno español está presente en una conferencia europea de jefes de Gobierno. Es también la primera vez que se celebra una conferencia de este tipo que no tiene en cuenta las ideologías dominantes o imperantes en cada uno de los países convocados. Los principios de Helsinki son algo más que un «modus vivendi» entre países europeos, mucho más que unos arreglos burocráticos y administrativos para mantenerse en paz: son una filosofía política. La conferencia en sí, durante los dos años de su preparación, ha sido una forma de democratización de las relaciones, un sistema parlamentario abierto, de modo que aun admitiendo como lo hemos hecho la preponderancia en todo y la dependencia en todo de las dos superpotencias, hemos visto el peso de los países pequeños y de sus opiniones y sus votos, hasta el punto de que algunos de los mínimos entre los menores —Malta, San Marino, Liechtenstein— han tenido su paso en la redacción. Este espíritu de democratización está patente en los principios esenciales y sobre todo en una cláusula preconizada con energía por los Estados Unidos y los países de Occidente y, desde luego, por España: la libertad de circulación de ciudadanos, ideas, grupos, libros, prensa, radios y otros medios de expresión. La permeabilidad de las fronteras. Pero no sólo de las fronteras que separan los países, sino de ciertas fronteras mentales. Ningún país —ni, desde luego, los países comunistas— pueden aceptar esta filosofía política internacional sin aceptar al mismo tiempo que las estructuras interiores de cada uno de ellos debe contener, por lo menos, tales principios filosóficos. El jefe del Gobierno español, en su discurso, ha hecho especial hincapié en el valor del principio del consenso y del diálogo. Naturalmente que la renuncia al uso de la fuerza o de la amenaza en las relaciones internacionales recordado por el jefe del Gobierno español es un principio también de aplicación interna, y los diez principios que ha elogiado tienen su repercusión en las relaciones de ciudadanos dentro de un Estado. Su frase de que «es indispensable que cada Estado pueda mantener, por los medios adecuados, su propia seguridad a nivel conveniente» no pueda interpretarse, de ninguna manera, como una contradicción a la aceptación interior de los principios firmados y aceptados para el exterior.